

Precio 15 céntimos



ARTISTA DE ZARZUELA



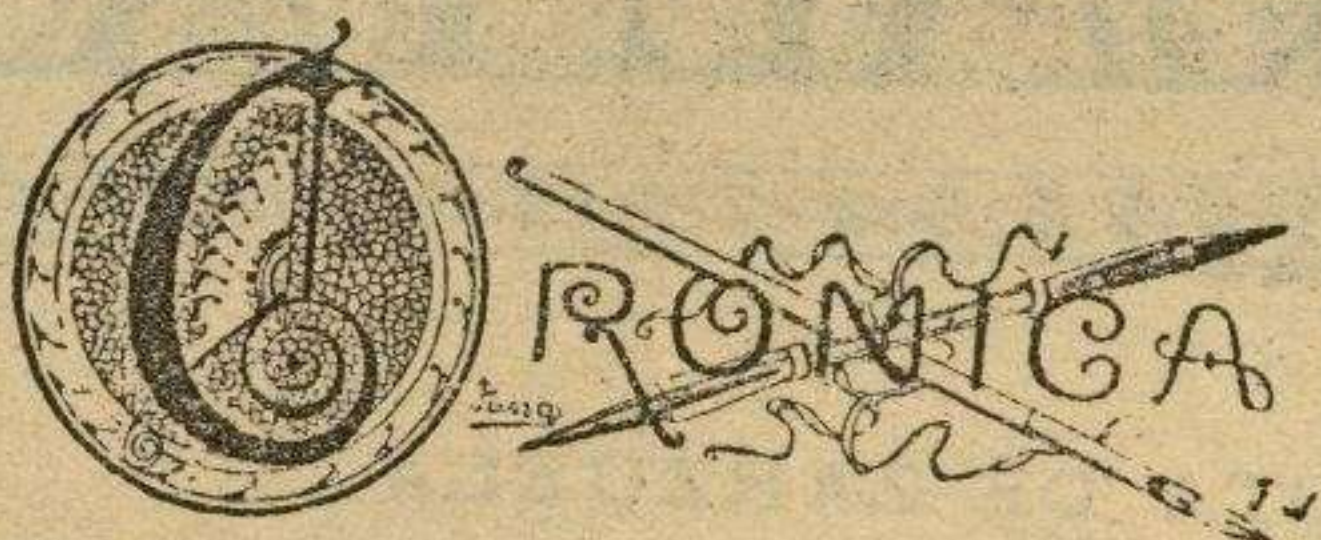
Encarnación Fabra

LA SAETA

PERIÓDICO SEMANAL, FESTIVO, LITERARIO É ILUSTRADO

DIRECTOR LITERARIO: DANIEL ORTIZ

Toda la correspondencia se dirigirá á D. PEDRO MOTILBA, Rambla del Centro, Kiosco número 5.—BARCELONA



También de España salen latas. No todas han de venir de los Estados Unidos.

En Filandia se publica un periódico titulado *Abo Underrattelser*, que parece un papel conservador por lo bien informado que está.

Debido á la amabilidad de un extranjero : migo mío, puedo traducir un telegrama que fechado en Barcelona, publica ese *Abo Underrattelser*.

Dice así:

«Barcelona. Ayer por la noche hubo una colisión entre la tropa y los anarquistas, de la que resultaron diez y siete soldados muertos y tres oficiales.»

¡Canastillos! ¡Y nosotros sin enterarnos todavía!

«Hubo además infinidad de paisanos muertos y heridos.»

Si; muertos... de risa, y heridos... en su amor propio.

«Todos los anarquistas cayeron en poder de la policía. Esta ha cogido muchos proclamas y muchas armas.»

¡Otro servicio fan'ástico de la policía!

«Uno de los oficiales heridos por un pedazo de casco se encuentra en un estado desesperado.»

No se dice si ese pedazo era de casco de envasar vino, ó de casco de bombero ó de casco de caballo. ¡Lamentable omisión!

«Los anarquistas fijaron en las esquinas unos pasquines que decían: *Sangre por sangre.*»

¡Qué horror! El diente por diente del Antiguo Testamento no es tan terrible como ese lema anarquista.

¡Sangre por sangre! ¿Y porqué no francos por petas? Esto facilitaría los cambios.

«Se anuncian nuevos atentados, y las tropas se hallan sobre las armas.»

Lo que debe ser muy incómodo para descansar. ¿Quién duerme encima de media docena de fusiles ó sables?

«Todos los puestos estratégicos de Barcelona están tomados militarmente, y en las afueras de la ciudad, donde se reunían los anarquistas en actitud amenazadora se hallan aprestadas grandes fuerzas de caballería.»

¿Qué te parece, amigo lector, de lo que le dicen telegráficamente al *Abo Underrattelser* desde Barcelona?

Desde que he leído eso, ando mirando á todos los suecos que pululan por aquí, á ver si por la pinta conozco al guasón que telegrafía esas cosas á Filandia.

Esta noticia me hace pensar en las mentiras que nos telegrafiarán desde la China, la India ó la Patagonia.

Porque España viene á ser una especie de China para las naciones del Norte.

De todos modos, del hecho se desprende que la

policía barcelonesa ha prestado un *verdadero* servicio cogiendo armas y proclamas.

Ya era hora de que hiciese algo.

Y no estaría de más que al Sr. Aleu se le diese otra cruz por estas aprehensiones.

Estaría tan bien ganada como la que le dieron tiempo atrás.

**

El verdugo de Londres ha presentado su dimision.

Durante el ejercicio de sus funciones en la última ejecución, se vió molestad por el doctor Berg, quien parece que no trató al *buchí* con las consideraciones debidas á su rango.

Esto ha molestado al ejecutor de altas justicias, quien parece estar á caballo sobre las leyes de la buena educación y las delicadas maneras, y resentido en su dignidad de verdugo, ha ido y ¡zás! ha dicho: ahí queda eso.

Hoy el verdugo de Londres está cesante por *custión* de decoro y delicadeza, y piensa dedicar sus ocios á dar conferencias sobre ¡pásmense ustedes! sobre la abolición de la pena de muerte.

Es lo que dirá el verdugo londonense: ya que no puedo comer yo con los ajusticiados, que no coma nadie.

Doscientos y pico de criminales lleva ahorcados ese honrado industrial, y hasta ahora que está cesante, no se le había ocurrido pensar que la pena de muerte es una atrocidad.

James, que así se llama, se ha conmovido por último, y llora con lágrimas de cocodrilo sobre la suerte que las leyes preparan á los empedernidos asesinos.

Y nadie más abonado para ello que este Juan de Robles del cadalso.

Quisiéramos oírle defendiendo sus teorías.

Porque nos haría el mismo efecto que un lobo predicando contra la gula, en un rebaño de ovejas.

**

Sorpresa y grande debió experimentar días pasados aquel viajero que se metió en el tren en París para dirigirse á Vincennes.

Llevaba un compañero de viaje asáz melancólico.

De repente este sujeto comenzó á torcer los ojos y á ladrar como un perro.

—¿Qué tiene usted?

—Nada.

—¿Está usted malo?

—No estoy malo, es que estoy rabioso.

—¡Zapateta!

Y de un brinco se alejó el viajero del que ladraba.

Durante el camino continuaron los ladridos ora furiosos, ora quejumbrosos, ora lúgubres.

Al llegar á Saint Mandé saltó el viajero y tras él su acompañante, quien le persiguió á cuatro patas y ladrando siempre.

Intervino la policía, detuvo al que hacía de perro, y luego resultó que era un pobre loco.

Yo ya he visto locos que se figuraban ser reyes, ó capitanes generales, y hasta tiples de ópera, pero ninguno se había dedicado hasta ahora á la raza perruna.

Si les da por hacerse animales ¿á dónde vamos á parar?

La mejor noche oímos maullar un gato, y luego resulta que no es tal gato, sino D. Víctor Balaguer que está recitando versos.

* **

Un periódico de Atenas nos revela las cualidades de sus paisanos, que, como se puede ver á continuación, son inmejorables.

Por lo que dice el citado diario, que se llama *El Ephimerés*, la Grecia es un país de handidos.

En 1891 se han cometido dos mil asesinatos.

En Atenas solamente, se han llevado á efecto 1,177 robos en pocos meses.

La policía griega va á medias con los ladrones.

Los incendios también son allí numerosos, pero es porque los ladrones á una con la policía, meten fuego á las casas para poder robar mejor durante el barullo.

Vamos, que es una delicia vivir en Grecia.

¿Y esos son los descendientes de Aristides el Justo?

No, son los descendientes de José María.

ELIDAN.

PÉSAME Y ENHORABUENA

A mi hermano político Sergio Diaz Sampil

Todos, querido cuñado,
te dan hoy á boca llena
la cumplida enhorabuena
por haberte hecho *Abogado*.

Sé que voy á disgustarte
y á amargar tus dichas hoy,
mas yo el pésame te doy
en vez de felicitarte.

¿Por qué? lo diré enseguida.
Yo opino de esta manera:
al dar fin á una carrera
se acaba la buena vida.

Que aunque comprenda formal
cuál á de ser su deber,
el estudiante es un sér
feliz á carta cabal.

Joven, alegre y triunfante
sueña amores y alegrías.....
¿Quién no recuerda los días
de su vida de estudiante?

Vida llena de placeres,
entregada sin cesar,
al teatro y al billar,
y al café y á las mujeres.

Se pasa el curso gozando;
se aprieta el último mes;
se aprueban las dos ó tres
asignaturas y ¡andando!

¿Dinero? ¡Qué ha de faltar!
Si la situación es grave,
cualquier estudiante sabe
de donde lo ha de sacar.

En crisis tan lastimosa,
aunque se espere una homilia
se le escribe á la familia
inventando..... cualquier cosa:

que hay que comprar tres Autores
para obtener buenas notas,
y cuatro pares de botas,
y seis trajes interiores...

La familia ¡claro está!
nunca se cierra á la banda,

y si el papá no lo manda
se lo manda la mamá.

Si no logra el estudiante
que le remitan dinero,
pega un sablazo al primero
que se le ponga delante.

O para obtener la *guita*
nivela su presupuesto
vendiendo un libro de texto
ó empeñando la levita.

La patrona no es persona
á quien le guste perder,
¡pero es tan fácil deber
tres meses á la patrona!

Cuando su estado es precario
con cualquier cosa se aviene,
y el estudiante que tiene
un duro ¡es un millonario!

¿Quién le tose al caballero
con veinte reales cabales?...
¡Es capaz con veinte reales
de comprar el mundo entero!

En las vacaciones pasa
el tiempo admirablemente
explotando algun pariente
y siendo el rey de su casa.

Y al volver á la ciudad,
entre caricias y besos
le dan para los excesos
naturales de su edad
los cuartos que necesita
un estudiante aplicado.

¡Y ya el chico está arreglado
para una temporadita!

¡Y allá va alegre y campante
á gozar y á divertirse!
Tiempo tendrá de aburrirse
el infeliz estudiante.

Que el día ¡funesto día!
en que acaba su carrera,
se nubla por vez primera
el cielo de su alegría.

Allí comienza el sufrir
y allí empieza el trabajar.
Entonces hay que pensar
en serio en el porvenir.

Pues si sus padres queridos
por él se han sacrificado,
él pagará, si es honrado,
los favores recibidos.

Por esta amarga verdad
no te doy mi enhorabuena
sintiendo trocar en pena
tu alegre felicidad.

Pero hoy debes estar triste
al pensar en el contraste
del título que ganaste
con la dicha que perdiste.

No te ofenda mi cariño
ni mi amargura te asombre:
¡Hoy en tí ya miro al hombre
que se despide del niño!

Mas ¡qué diantre! ¡esto es la vida!
¡Animo y á trabajar!
Y á ser algo y alcanzar
la posición merecida.

Y hoy mis deseos vehementes
son que, en premio á tus afanes,
tengas pleitos y los ganes...
¡y te paguen los clientes!

VITAL AZA

LAS CUALIDADES HUMANAS EN LAS MANOS



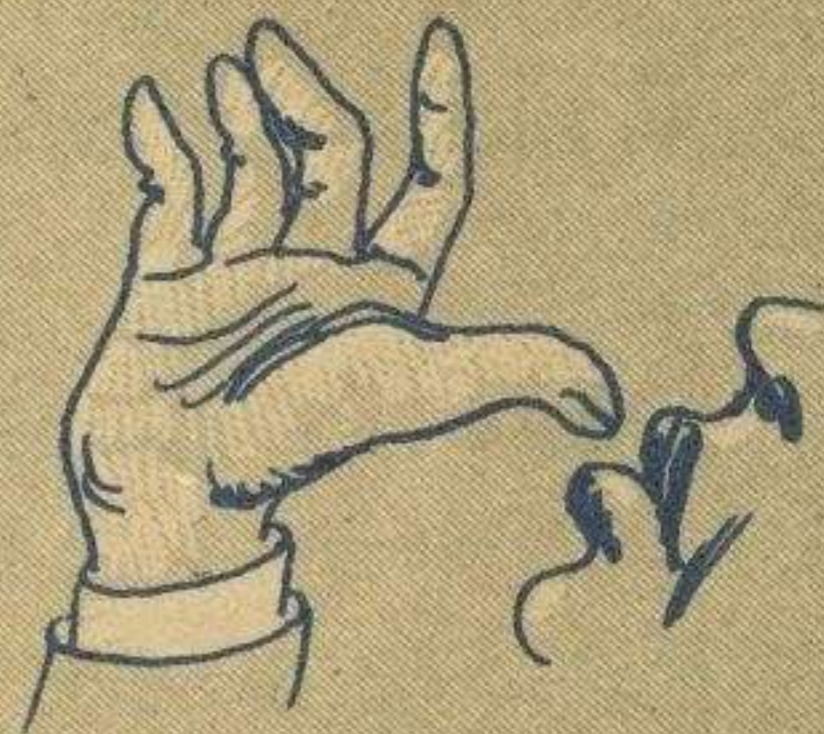
Tendencia al mando.



A la independencia.



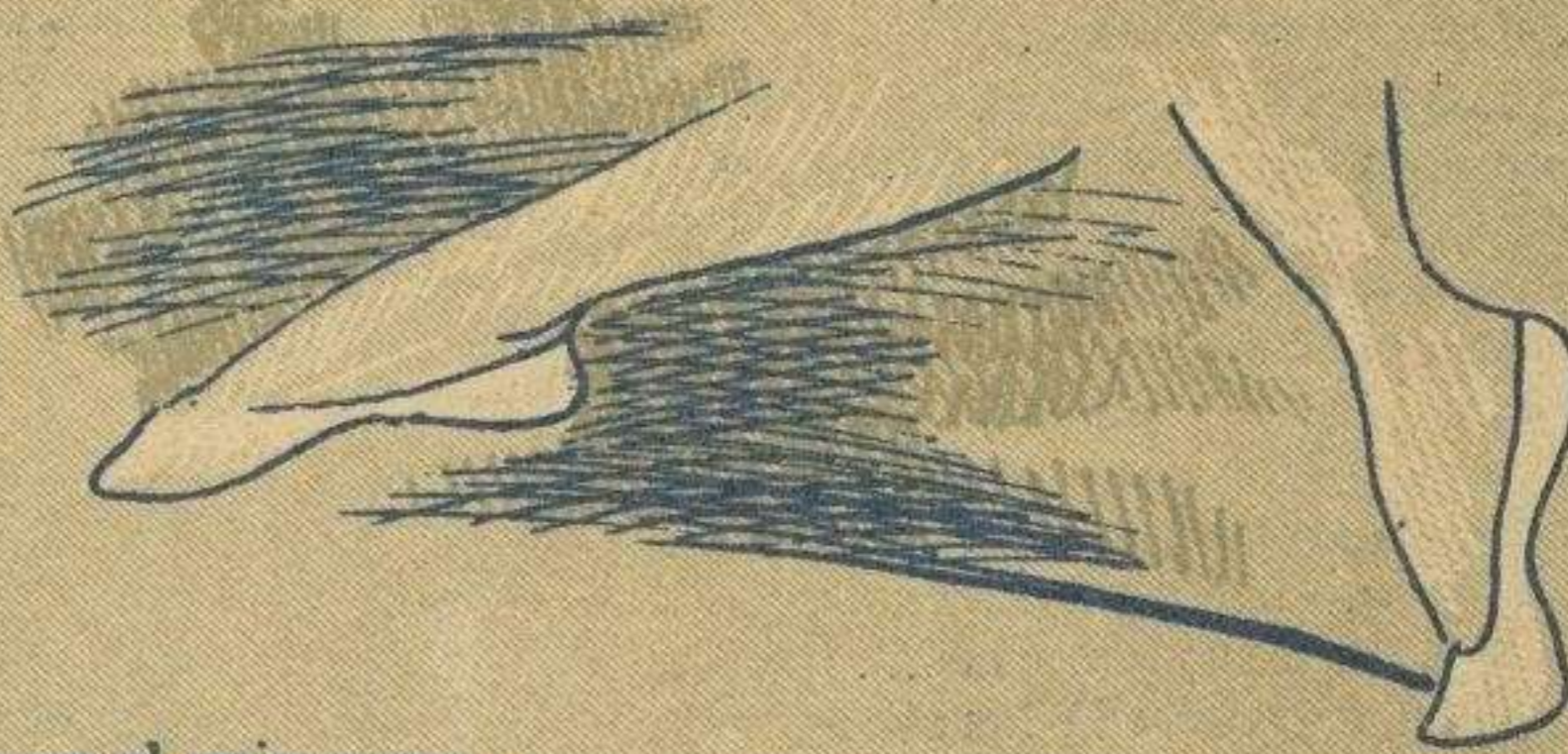
Aspiración al divorcio.



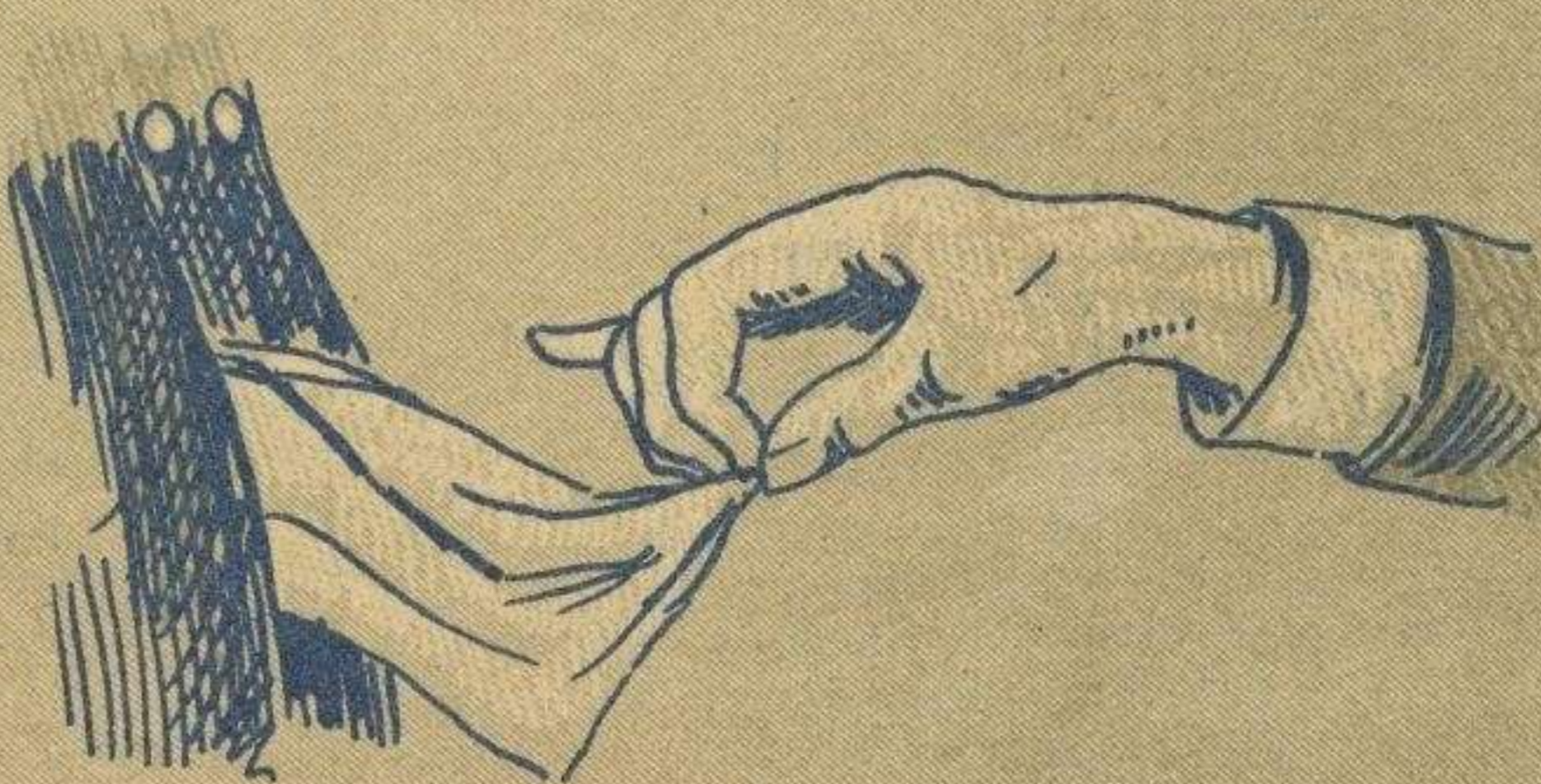
A tirar de ca.



A hacer el primavera.



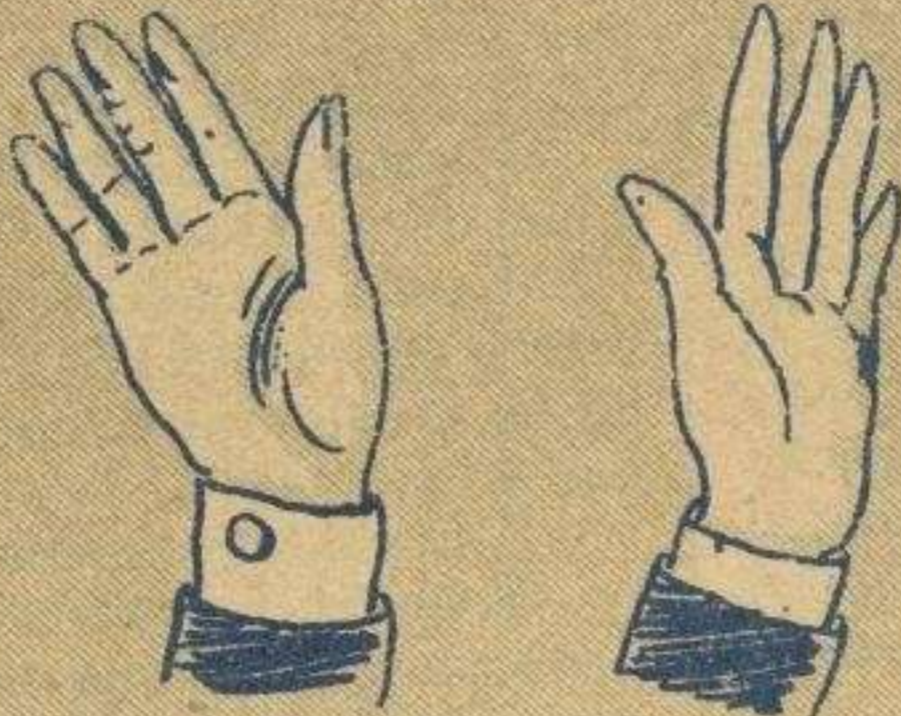
A tomar rapé.



A la nivelación social.



A la obediencia.



A ser de la mayoría.



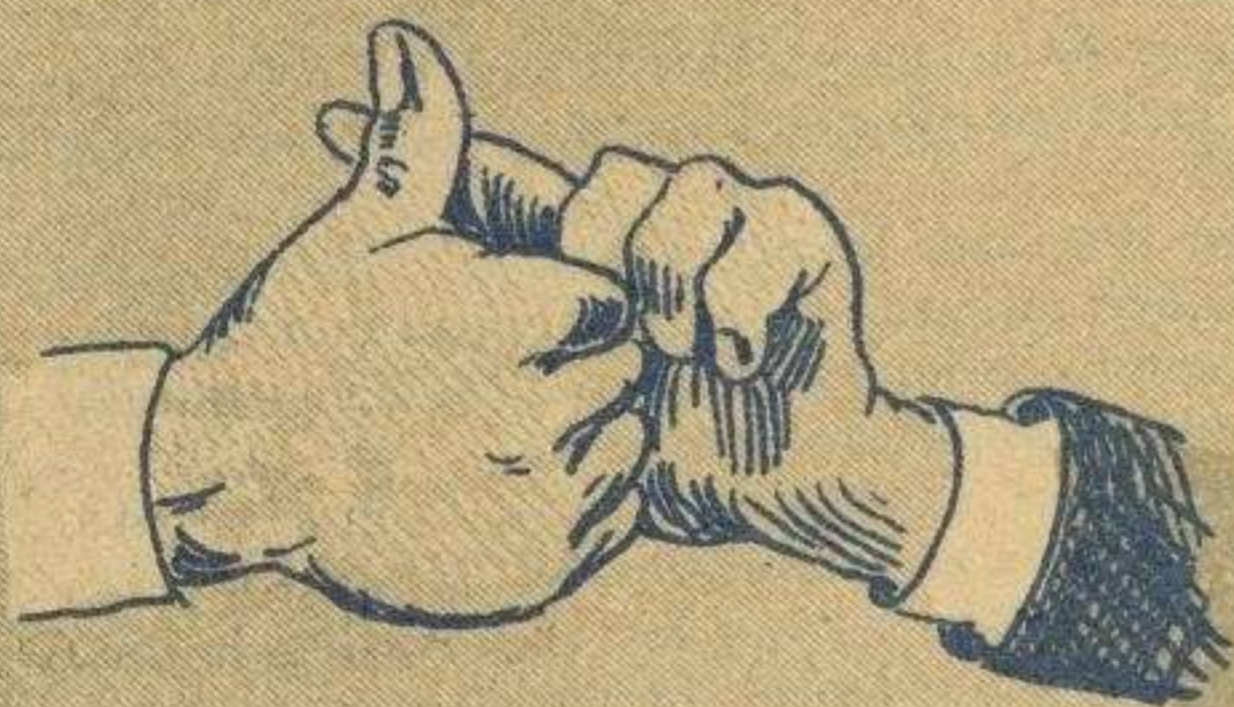
De la oposición.



A la acumulación.



A ser guarda-agujas.



A la incertidumbre.



A la afeminación.



Contra la ley de policía.



Desgraciadamente la mayoría tiene esta tendencia
A la mendicidad

VIAJE REDONDO

Por de pronto, Manolito tuvo la desgracia de nacer un martes, á las nueve de la noche, en la ciudad de Ávila y no hizo más que enterarse de que estaba en el mundo y se echó á llorar como un becerro.

Parecía que una voz interior le gritaba:

—¡Manolito! ¡Buena la has hecho!

Después, sus padres le destinaron una ama de cría lo mismo que un perro dogo, que le daba el pecho de mala manera y le tiraba pellizcos siempre que el chico cometía una indiscreción propia de la niñez. Después tuvo la escarlatina y demás erupciones cutáneas y le quedó la cara como un azucarillo.

El bello ideal de Manolito, cuando llegó á la edad de las ilusiones, fué trasladarse á Madrid; pero muertos sus padres, no le habían quedado más parientes que unos tíos, macho y hembra, iracundos y mal encarados, los cuales tíos habían dado en la costumbre de pegarle todos los días, á eso de las doce, y para no privarse de esta distracción, retenían el chico en Ávila.

Manolito se enamoró de una costurera y no pudo resistir al deseo de escribirle una carta. La carta fué á parar á manos del padre de la joven, y éste que había sido sargento de carabineros, fué á buscar al seductor y le puso verde á fuerza de darle garrotazos. Cuando el chico se presentó en casa de sus tíos echando sangre por las narices, y con cuatro ó cinco dientes en la mano, la tía quiso rematarle, porque le había manchado las escaleras, y costó Dios y ayuda que no le dejara en el sitio.

Cansado Manolito de tantas contrariedades quiso dedicarse á la iglesia, pero le dijeron que con aquella cara no podía ir á ninguna parte.

—No podría usted bautizar á los chicos porque se quedarían asustados para toda la vida—le dijo un sacerdote experimentado.—Tampoco podría usted asistir á los moribundos, porque precipitaría usted su fin. Nada, nada dedíquese usted á otra cosa.

Entonces Manolito se metió á oficial de sombrerero, pero aquel año se pusieron de moda las gorras y hubo necesidad de cerrar todas las sombrererías.

Cansado de luchar con su adversa fortuna, Manolito concibió el propósito de suicidarse y valiéndose de un mancebo de botica, amigo suyo, el único amigo que tenía en este mundo, consiguió tomar media onza de arsénico, disuelto en aguarde, y esperó la muerte sentado en una silla; pero la muerte no vino y en cambio tuvo más apetito que nunca.

—¿Cómo te explicas esto?—preguntaba Manolito al mancebo.

—Me lo explico perfectamente; porque en vez de arsénico, te he dado magnesia granulada.

—No hay mal que dure cien años exclamaba Manolito cierta tarde, estrechando contra su corazón un número de *El Heraldó soltero*, periódico protector de los hijos de familia pobres pero feos.

La noticia que había causado la satisfacción de Manolito, estaba concebida en estos términos:

«Se necesitan jóvenes vacunados y huérfanos para auxiliares de una industria desconocida. Los que reúnan las expresadas condiciones, pueden presentarse en Madrid, calle tal, número tantos, hasta las cuatro de la tarde del 18 del mes actual. Pasado este día, es inútil que pretendan su admisión.»

Manolito tenía guardados unos cuantos reales, los únicos que había ganado en toda su vida, pero que eran suficientes para tomar un billete de tercera y trasladarse á Madrid.

Guardó absoluta reserva, aún para con su amigo

el mancebo, y aprovechando una conferencia conyugal que celebraban sus tíos, sobre la necesidad de poner á Manolito de patas en el arroyo, salió de aquella casa con paso ligero, para dirigirse á la estación del ferrocarril.

—¿A qué hora sale el tren de Madrid?—preguntó á uno de los mozos.

—Saldrá uno á las doce de la noche, un tren de recreo con billetes de ida y vuelta muy baratos. Hay fiestas en Madrid y todo el día están pasando trenes por esta estación.

—Yo no necesito más que un billete de ida.

—Es igual. Le cuesta á usted lo mismo, y siempre tiene usted la ventaja de vender en Madrid el de regreso, si no piensa usted en volver á Ávila.

—¡Volver! ¡Jamás!

Manolito esperó que dieran las doce, y después de contar su dinero, se puso á pensar lo siguiente:

Mañana termina el plazo para la admisión de jóvenes. Al amanecer llegaré á Madrid, Dios mediante, y mi suerte cambiará por completo. El caso es que no me sobran más que dos reales; pero ¿qué me importa si mañana á estas horas tendré ya colocación?

La campana de la estación sacó á Manolito de sus meditaciones, y un cuarto de hora después el desgraciado joven dormitaba satisfecho en un rincón del coche de tercera que iba á dejarle en Madrid.

Los demás viajeros hablaban alegremente y comían salchichón; Manolito, que no había cenado, comenzaba á sentir molestia en el estómago, y no teniendo á mano otra cosa con que satisfacer su apetito, sacó del bolsillo una fosforera de piel y se puso á chuparla silenciosamente.

Después se quedó dormido como un saco de noche.

Cuatro horas más tarde, el tren llegaba á la estación de Madrid, y los viajeros echaron pié á tierra alegremente.

—¡Felices ellos que ya han llegado! dijo Manolito entreabriendo los ojos.—¿Faltará mucho para llegar á Madrid?

Y volvió á apoyar la cabeza en el respaldo del asiento. Cinco minutos después, dormía con la tranquilidad propia de los serafines que tienen asegurada la alimentación espiritual y terrena.

En la estación se notaba inusitado movimiento.

Las fiestas que se celebraban en Madrid atraían miles y miles de forasteros y los trenes llegaban de hora en hora, procedentes de varios puntos de la línea, llenos de gente alegre. A cada paso se formaban trenes con el material recién llegado; y el mismo maquinista que había conducido á los expedicionarios de provincias, volvía á montar en la locomotora para desandar el camino en busca de nuevos viajeros, llevando tras de sí una larga hilera de coches vacíos.

En uno de estos coches dormía apaciblemente el bueno de Manolito.

Cuando abrió los ojos, tras un sueño de dos horas no pudo menos de hacer un movimiento de sorpresa.

—¡Sólo!—exclamó, dirigiendo una mirada á su alrededor.—No creía que estuviese tan lejos la villa y corte; ¿faltará mucho para llegar?... El caso es que tengo un apetito horrible; con los dos reales que me quedan, compraré en Madrid cualquier cosa alimenticia; después iré á presentarme en el sitio que indica el anuncio del periódico y ya no tendré que pensar en la comida... Felizmente, ha llegado á mis manos el anuncio antes que termine el plazo de admisión... Si; yo reúno todas las condiciones exigidas. Soy huérfano, estoy vacunado...

Y Manolito se volvió á dormir para hacer más soportable el apetito que le corroía el estómago.

En aquel momento el tren se detuvo en una estación.

—¡Calla!—decía un empleado desde el andén al ver á Manolito con las piernas extendidas en el asiento y la cabeza apoyada en la ventanilla.—¿Quién es ese que viene ahí?

—Será algún empleado en las oficinas, que ha aprovechado el tren *vacío*,—contestó otro.

—Sí; tiene cara de escribiente

El tren reemprendió la marcha á toda velocidad, y al fin se detuvo definitivamente.

—A ver,—dijo el jefe de la estación á los mozos.

—Es preciso dar un limpión á los coches y ver si corren las ventanillas. Dentro de una hora vuelve á salir el tren para Madrid.

Los mozos cogieron los plumeros y penetraron en los coches.

—¡Eh! ¡Eh!—dijo uno de ellos sacudiendo con fuerza á Manolito que se restregaba los ojos sin darse cuenta de lo que sucedía.—Bájese usted, que no es hora todavía de partir.

—¿Cómo? exclamó Manolito, sacudiendo la pereza y encarándose con el mozo.

—Antes hay que hacer la limpieza de los coches.

—¿Pero, qué dice usted?

—Que es preciso bajarse.

—¿Estamos ya en Madrid?

El mozo se echó á reír, despues dijo:

—No es usted poco rápido.

—¿Dónde estamos entonces?

—¿Dónde hemos de estar? En Ávila.

—¡En Ávila!—exclamó Manolito.

Y se dejó caer pesadamente sobre el asiento del coche.

LUIS TABOADA.

BUENO Y MALO

A MI AMIGO R. R. CORREA

Si al ver la tarde de lluvia,
me guarezco en el cafié,
después de admirar el pié
de la morena y la rubia,
y hablo con un amigote
de conquistas y dinero,
digo para mi capote:
¡qué bueno es vivir soltero!

Pero si encuentro después,
cuando estoy de vuelta en casa,
que mi cabeza se abrasa
y que se hielan mis pies,
y el mastuerzo del criado
dejó apagarse el brasero,
me digo desconsolado:
¡qué malo es vivir soltero!

Si, exaltándose el magín,
aunque murmure la gente,
cruzo el mundo libremente
del uno al otro confín,
dando un gran chasco á mi novia
cual Tenorio verdadero,
exclamo aquí y en Varsovia:
¡qué bueno es vivir soltero!...

Mas si, cerca de un abismo,
y en una terrible noche,
le toca volcar el coche
rompiéndome yo el bautismo,
y un angel-mujer no existe
que acuda al pobre viajero,

exclamo entonces muy triste:
¡qué malo es vivir soltero!

Si en el baile miro á Juan
al lado de su señora,
que le cansa y le encocora
mientras hago de galán
y de una en otra ilusión
cruzo la alfombra ligero,
digo con satisfacción:
¡qué bueno es vivir soltero!

Si en un continuo derroche
cantor de broma y orgía
hago de la noche día
y al día convierto en noche,
el grito de mi conciencia
al de la suegra prefiero,
¡que viva la independenciam!
¡qué bueno es vivir soltero!

Mas si el cansado laud
responde á mi corazón
y á la santa inspiración
del amor á la virtud;
y lloro, y no ve mi llanto
el ángel por quien yo muero,
exclamo en mi desencanto
¡qué malo es vivir soltero!

Así yo, Ramón amigo,
que en eso del matrimonio
sin poder dar testimonio
también opino contigo,
encuentro en la soltería
su amargura y su regalo,
que ha probado el alma mía
mucho bueno y mucho malo.

Y así, débil, perentoria,
del bien y el mal con la ciencia.
vacila nuestra existencia
entre el infierno y la gloria.
Por eso el dolor profundo
siempre tras la dicha ves,
que el vivir en este mundo,
muy bueno y muy malo es.

EDUARDO BUSTILLO.

¡Á MEJOR VIDA!

Ayer se murió el señor de Cigüeña.

Leí la esquela de defunción en los periódicos y me dije: He aquí un hombre que ha pasado á mejor vida en toda la extensión de la palabra.

Porque el pobre señor de Cigüeña fué desgraciado entre todos los desgraciados.

El fué joven, porque ¿quién no ha sido joven? Y fué elegante, y fué empleado.

En su juventud, cuando apenas tenía veinticuatro años fué á servir en una aduana fronteriza.

El pueblo era pequeño, y en los pueblos pequeños ya se sabe, los jóvenes empleados (y los que no lo son) se dedican á una de estas tres cosas: beber, jugar ó hacer el amor

Cigüeña se dedicó á hacer el amor á Dolores, hija de su patrona.

La tal Doloritas era una alhaja. Leía novelas de Ortega y Frías, Tárrego y Mateos y otros notables concedores del corazón humano.

Naturalmente, se le llenó de viento la calabaza, y cuando vió que todo un señor Cigüeña le hacía el amor, se creció sobre las demás muchachas del pre-

GALERIA ARTÍSTICA



ANTES DE ENTRAR

blo lo menos quince codos.

Cigüeña...

Debo hacer una aclaración. El apellido de Cigüeña le venía á nuestro hombre que ni pintiparado. Tenía un palmo de cuello, y la cabeza, con este motivo, se adelantaba del cuerpo, así es que parecía un avestruz africano.

Cigüeña, digo, pidió á Dolores en matrimonio, y se casaron. ¡El pobre no supo lo que se hizo!

Al día siguiente, el caracter dominador y novelesco-chiflado de Dolores se dejó sentir.

Ya se impuso al señor de Cigüeña y le hizo hacer toda clase de papeles. Le obligó á entregarla las llaves de la caja y le pidió cuenta hasta del último cigarrillo que fumaba.

Inútil es decir que con estas tribulaciones al pobre Cigüeña se le alargaba el pescuezo.

El destino del empleado público en España es rodar y rodar como bola de juego de billar, tropezando en todas las barandas.

Nuestro matrimonio anduvo recorriendo la ceca y la meca, y en estos viajes les nació una niña y luego otra. La primera se llamó Antolina y la otra Pepita.

Dolores renegaba á cada punto contra su esposo porque éste no tenía cien mil duros de renta.

—Pero, hija, ¿qué quieres que yo le haga?—decía el señor Cigüeña.

—Pues hacer lo que hacen los demás empleados. Yo bien veo que Gonzalez con solo seis mil reales de sueldo gasta hasta coche.

—Pero se expone.

—Exponte tú también, bragazas.

—¡Dolores!

—Nada, que no sirves para maldita de Dios la cosa.

Y esta era la vida diaria de Cigüeña. Aparte de algun plato que le rompía en la cabeza su endemoniada mujer y la iniquidad en que algunas veces le tenía de no darle dos reales para café.

Las niñas crecieron presenciando continuas riñas en casa y ¡naturalmente! se pusieron al lado del tirano. Quiero decir, que ayudaban á su madre en la guerra que ésta había declarado á su marido.

Hace algunos años que yo conocí esta interesante familia en Barcelona.

Cigüeña había sido declarado cesante por yo no sé qué chanchullos que le hizo cometer su esposa.

Antolina y Pepita eran ya casaderas.

—¿Cómo coloco yo estas niñas?—se preguntaba Dolores á todas horas.—Y *máxime*, teniendo un marido que no sirve para nada.

Y se dedicó á llevarlas á todas las sociedades y tertulias. Las hizo cantar y representar, aunque lo hacían de la manera más desastrosa del mundo.

Como las niñas no eran feillas, tenían siempre una cohorte de estudiantes y de horteras que les hacían el amor.

Cuando ésto se declaraban, la madre era la que contestaba haciendo firmar á sus hijas.

Como la señora de Cigüeña tenía según ella decía, nociones de todo, tanto que algunos la llamaban doña Nociones, escribía unas cartas impregnadas de sentimiento y de hamor, con hache.

Los pollos se extrañaban al ver en las niñas dos marisabidillas imbéciles, ignorando que era la mamá la que contestaba á sus misivas.

A todo esto el pobre señor Cigüeña no hacía más que el papel de mueble ó de paraguas. Cuando llovía, es decir, cuando los estudiantes se burlaban de las niñas, Dolores echaba por delante á su esposo para que les riñese y aun amenazase.

A veces solía suceder que daba el pobre hombre

con un polluelo guason que en vez de asustarse le tomaba el pelo.

Entonces volvía cariacontecido á contar sus cuitas á Dolores.

—¡Este hombre! ¡este hombre!—vociferaba la dulce cónyuge.

El pobre Cigüeña me había tomado á mí por confidente y me decía la vida dolorosa que llevaba.

—Créame usted, esto no es vivir. Mi mujer queriendo casar á las niñas y la gente huyendo de ellas. ¡Ya se vé! Temen tener una suegra como aquella. Ultimamente se les han presentado dos buenos partidos, un mano y un tuerto, ambos de edad y dependientes de comercio. Se iban á casar ya las niñas, cuando surgió la cuestión de con quién de ellos había de vivir la futura su gra. A mí los dos me hubieran admitido; ¡pero á mi mujer!. Nada, que no se casaron, porque ambos se la querían endosar mutuamente. Cuando mi esposa Dolores se enteró, les escribió dos cartas que podían arder en un candil. Resultado: que no se casaron.

—Le compadezco á usted, señor de Cigüeña.

—Y hace usted lo que debe. Veinticinco años de vivir con ese basilisco!... Figúrese usted cómo será que, cuando no llevo dinero á casa, me envía á la cama sin cenar.

—¿Y usted va?

—¿Y qué le he de hacer, si ya la tengo acostumbrada así?

—Yo ensayaría el garrote.

—Ya lo intenté hace quince años; pero, amigo, armó tal alboroto, que acudieron el alcalde, la guardia civil y el juzgado... Por poco me mandan á presidio por tentativa de asesinato.

—¡Valiente mujer!

—¡Ay, lo que me parte el corazón es que Antolina y Pepita han sacado su genio! ¡También ellas tienen nociones de todo y no saben hacer nada!

—Me da usted lástima, señor de Cigüeña.

—Se la daré á usted por poco tiempo, porque esto no puede durar.

Hace dos meses que tuve esta conversación con semejante desgraciado y ayer ví su esquela de defunción en los periódicos.

Por eso se puede asegurar sin temor á equivocarse, lo que digo al principio de este artículo: «El señor de Cigüeña ha para lo á mejor vida.»

DANIEL ORTIZ

EL PAN DE LA EMIGRACIÓN

Un sablista impenitente,
enemigo del trabajo,
al que llamaba «tributo
indigno del ser humano»,
en la capital de Francia
pasaba por *emigrado*
(que es un título político
que se apropian muchos vagos,
con el sencillo programa
de vivir sobre lo cándidos).
Era español, madrileño,
hijo de los barrios bajos;
y el auténtico, exclusivo,
legítimo ciudadano
que ayudó á don Blas Pierrad
á montar en su caballo,
en aquel día de Junio
tan sangriento y tan nefasto...
¿Don Juan Prim? Su íntimo amigo...
¿Sagasta? Casi un hermano...

Siempre hablaba de él diciendo...
 —«¡Oh! Práxedes... ¡buen muchacho!
 ¿Topete? Un inseparable;
 ¡No digo nada Serrano...!
 nunca le llamaba el Duque,
 sino *el general ó Paco...*
 Pues señor, este era el tipo
 que estaba en París hace años,
 y á todos los españoles
 les aburría á *sablazos*.
 A un íntimo amigo mío,
 que fué á pasar el verano,
 le ocurrió con aquel mozo
 un incidente muy raro.
 Vióle una tarde el *patriota*
 y al punto le dió un abrazo,
 y veinticinco apretones,
 con fraternal entusiasmo.
 Luego le pidió un pitillo...
 enseguida un puro habano;
 y por último dos duros...
 es decir, le pidió cuatro;
 pero la víctima dijo
 que no se atrevía á tanto,
 por que todo el que viaja
 tiene que hacer muchos gastos.
 Descubierta el hospedaje
 de mi amigo, su adversario
 se colocaba á la puerta
 por las mañanas temprano,
 y con tono compungido
 y semi-patibulario,
 al da le los buenos días
 y al estrecharle la mano
 decía: «Desde ayer
 » no entra en mi cuerpo un bocado...
 » déme usted una peseta,
 » tendré para un par de platos...»
 —«¡Para comer!... ¡pobrecillo!»
 murmuraba el atacado; —
 «Tome usted, y que aproveche;»
 y al punto le daba un franco.
 Esto llegó á repetirse
 muchos días, un mes largo,
 y mi generoso amigo
 se acostumbró de buen grado
 á dar aquella limosna,
 como todo fiel cristiano
 que puede con sus socorros
 aliviar al desgraciado.
 Y tan llegó á ser costumbre
 el óbolo cotidiano,
 sin esperar el saludo
 del amable *parroquiano*
 le entregaba la moneda
 como un precio estipulado,
 como cosa convenida
 en aquel acuerdo tácito.
 Pero un día el socorrido
 dijole muy campechano:
 —Déme usted hoy dos pesetas
 por vía de extraordinario...
 —Pues hombre, hasta aquí, con una
 ha comido usted, paisano...
 Y entónces el petrolero
 dijo con tono flemático:
 —Sí, señor.. comia solo,
 pero hoy... *¡tengo convidado!*

XUBÓ.

TEATRO DEL OLIMPO

¿Qué barcelonés no conoce el destartado c. liseo que va á servir de tema al siguiente esbozo de costumbres populares?

¿Quién no ha visitado alguna vez el vetusto case-
 rón situado en angosta calle del casco antiguo, mudo
 galeoto de noviazgos incipientes y escuela de decla-
 mación en que prueban sus facultades los aficiona-
 dos al arte de Maiquez? Todos, ó casi todos, hemos
 tenido que acceder á la invitación del hijo de la ve-
 cina, del pariente ó del amigo, para ir á juzgar del
 mérito artístico de algún futuro Rossi, ó del de algu-
 na señorita que piensa *lanzarse* á la vida de bastido-
 res.

Poniendo á contribución mi complacencia la otra
 noche, di palabra á un amigo de ir á admirarle en la
 ejecución de un drama en el cual me dijo lucir todas
 sus facultades de «comediante mímico y de actor
 declamatorio», y con arreglo á sus instrucciones, á
 las ocho en punto había yo tomado posesión del pri-
 mer peldaño de la escalera del *Olimpo*, donde me
 sostenia más recto que un uso, gracias á la presión
 ejercida á todo mi alrededor por un muro compacto
 de carne humana, con tendencias al movimiento as-
 cendente.

A lo largo del tramo superior de escaleras, hallá-
 banse sentadas como en tendido de plaza de toros
 ó en gradería de colegio de párvulos, las familias que
 habían ido á conquistar sus puestos con una y dos
 horas de anticipación á la anunciada.

Allí estaban la señora Petra, vendedora de buey
 en el mercado del Borne, con sus dos luceros, Anice-
 ta y Antonia, dos chicas casaderas que regentan un
 puesto de gallina en trozos la primera, y una parada
 de huevos frescos, perejil y garbanzos en remojo, la
 segunda. Más abajo, Mariquita la corsetera compar-
 tía un paquete de caramelos con las cinco hijas del
 señor Cosme, mayordomo de EL VULCANO y padre
 además de uno de los chicos que tomaban parte ac-
 tiva en «la comedia.» También vimos á «las milita-
 taras», tres jovencitas escuálidas y de color cetrino,
 que viven de la exigua pensión que por su orfandad
 les corresponde y de lo poco que ellas se ganan tra-
 bajando para fuera en la confección de cuellos y ca-
 misas.

Mirado desde abajo, produce agradable impresión
 de conjunto aquel plano inclinado en que están en
 mayoría las chicas jóvenes con sus trajes y rostros
 de los días de fiesta, y el murmullo producido por
 las conversaciones que se sostienen de peldaño á pel-
 daño, y los saludos en voz alta de los que llegan con
 los que tienen ya su puesto en las alturas.

—¡Cuánto ha tardado V. hoy, doña Consuelo!

—Ay, hija, no me hables; vengo molida. ¿Sabe V.
 que la peinadora que me recomendó resulta de oro?
 A las cinco y media ha comparecido esta tarde y vea
 V. qué cabeza le ha dejado á mi Pilar la muy..... Por
 supuesto, que ya le he dicho yo cuántas son quin-
 ce..... Pero qué calor hace aquí... Dígame V., Adeli-
 na, ¿tardarán mucho en abrir eso?

—Así como media hora.

—¡Qué fastidio!

—Pues y nosotras, que estamos aquí desde las seis
 y cuarto?

—Ya es voluntad... No rempuje V., caballero, que
 cabemos todos.

Y el muro va siendo cada vez mayor y más
 compacto, y de todo aquel hervidero se levanta un
 vapor cálido que huele á carne á pesar de los mil
 aromas de esencias y de flores. El sudor de la angus-
 tia va invadiendo los rostros y arrastrando consigo

GLOTONERÍA



—A pesar de que ahora es pecado comer carne, yo la devoraría á usted sin miedo, porque debe usted ser muy sabrosa, y porque, gracias á Dios, yo soy ateo.

SIGLO XV



Un bufón.

SIGLO XIX



Otro bufón.

leche de Venus, polvos de arroz y otros menjurjes: aquí una joven forcejea para apartar de sí á los más próximos, que la oprimen y la abrasan; allá un caballero anciano pide por favor le dejen salir de aquel suplicio; más arriba un grupo se lleva los pañuelos á las narices para evitar la introducción de ciertos gases, procedentes de algún estómago en funciones laboriosas; y á todo esto, suspiros lastimeros, ayes reprimidos, señales de disgusto y de impaciencia, y todo ¿para qué? para ver una función.... digo mal: la función es el objeto de los menos; lo regular es ir allá para ver si se encuentra un acomodo para la chica entre aquella concurrencia que es como de familia: se conocen todos, porque todos tienen la abnegación de pasar las de Caín por conocerse; entre los circunstantes podrá no haber riqueza, pero hay generalmente amor al trabajo, sencillez de costumbres, formalidad, hombría de bien, y en los tiempos que corren, pescar un novio de esas cualidades, bien merece el sacrificio de la puerta.

Y ya que he vuelto á nuestra puerta malhadada, digo que se abrió por fin, á tiempo que se abrían todas las boeas de los concurrentes para dar paso á un ¡ja... ho... raaa! con sonsonete, que lo mismo podía tomarse por grito de protesta á los organizadores de la función, que por natural desahogo de aquellos pechos oprimidos.

Subimos la escalera, conservando hasta el fin el puesto de orden que nos correspondía, y una vez en el local, nos lanzamos á la desbandada por toda la platea, apoderándose de las mejores filas los primeros y aprovechando los demás hasta la última de las butacas circulares.

Llena á rebosar la parte baja, entre una gritería atroz de conversaciones sostenidas para hacer que se acercaran los amigos, los que no habíamos logrado conquistar una butaca entre aquella barahunda, tuvimos que enfilear una escalerilla recta y peligrosa con un pasamano que destila grasa por toda la extensión del paño que lo cubre, dando con nuestros cuerpos en el piso tercero ó paraíso, pues los dos restantes son del uso exclusivo de los socios.

Una vez lleno el teatro, los invitados que ll gan pueden optar entre ver la función de pié ó irse á la calle, lo cual hacen algunos á regañadientes, trocando contra los organizadores de la fiesta, que han asegurado el lleno dando doble número de entradas de las que el local permite.

Pero en fin, dejemos esto, y á ver cuando levantan esas luces que están á medio arder por razones de economía muy atendibles por parte nuestra, pero que nos ocultan una porción de escenas íntimas que así, á vista de pájaro, nos parece vislumbrar en los palcos de primero y segundo piso y aun en la misma platea.

Noto, en efecto, en el recodo que forma el palco número 2, dos manos entrelazadas que corresponden á una pareja de atortolados, los cuales se contentan con mirarse mucho, pronunciar de vez en cuando algún monosílabo y restregarse las manos con fuerza, cual si intentasen la transfusión de la sangre por los poros.

En el número 6 del piso segundo, veo otra pareja entregada á ciertas negociaciones que me oculta la capa de él, aunque claramente deduzco por lo rojo de sus pómulos y lo extraviado de su vista, que no es el frío lo que obliga al galán á permanecer tan abrigado.

Abajo, en la platea, ocupando media fila de butacas, las hijas del señor Cosme miran por el rabillo del ojo si hay en la vecindad algún ser con pantalones, mientras el padre escucha embobado los elogios

que le hacen de su hijo como actor, unos cuantos jóvenes ganosos de divertirse á costa ajena.

A las diez y minutos, cuando ya empezaba á oirse algun bostezo importuno, se levantaron las luces, y al poco rato se alzó el telón apareciendo en escena un joven en traje de calle que adelantándose hasta las candilejas y poniendo los brazos en jarra para hacer alarde de familiaridad escénica, nos manifestó que «por indisposición de don Venancio Corvejuelo, se encargaba repentinamente del papel de moro Muza don Ciriaco Festonillo.»

Aquí un aplauso por parte del público, que no sabemos si lo otorga al de los brazos en jarra, ó al que ha tenido la ocurrencia de ponerse enfermo, ó al flamante y repentino moro Muza.

Empieza la representación, y son de oír á la salida de cada guerrero, cristiano ó moro, los cuchicheos de la concurrencia, empeñada en reconocer á cada uno de los actores á través de aquellas barbas de guardarropía:

—Que es Eduardo, mujer; ¿no le conoces en la estatura y en las tres sortijas de la mano izquierda?

—¡Pero, si Eduardo no tiene esa voz de contrabajo!

—Claro que en casa no la tiene; pero como aquí hace el papel de barba....

—¡Toma! también llevan barba los demás y, ya ves, ese del turbante tiene voz de señorita.

—Porque es el galán joven.

—Y que es muy guapo, ¿verdad?

Luego viene lo de interesarse en favor de los personajes buenos de la obra y aquello de exclamar por lo bajo mientras el traidor está en escena:

—¡Sin vergüenza! ¡Habrá e visto infamia de hombre!

Y lo dicen con toda el alma; como se rien tambien de la mejor gana por cualquier conato de chiste que diga el actor cómico, despues que han averiguado que el gracioso es él y no otro alguno.

Y sigue la función, que suele terminar á la una por lo menos, y luego el correspondiente baile *en obsequio del bello sexo* que se prolonga hasta las dos ó hasta las tres de madrugada muchas veces, y aquel público, cuya inmensa mayoría tiene que madrugar para ir á sus quehaceres, baila que se las pela robando al sueño y al descanso aquellas horas de solaz, que le proporcionan asunto para las hablillas de taller durante toda la semana.

JOSÉ INGLÉS.

CRÓNICAS MADRILEÑAS

¡Gracias á Dios que ha entrado en la Academia Española un hombre de verdadero, de indiscutible mérito! Barbieri, el más popular y más español de todos los músicos, ha entrado en la Academia como Jesucristo en el cielo; por su propio poder. El autor de «El Barberillo de Lavapiés», «Jugar con fuego» y tantas y tantas obras (y todas buenas) leyó su discurso que versa sobre *la música de la lengua castellana*. El Sr. Valera, que presidía, tuvo un *golpe de gracia* superior; invitó á las señoras que había en la sala á que ocupasen los sillones académicos *momentáneamente*. Ellas no aceptaron, y eso que estaba D.^a Emilia Pardo Bazán.

¿Qué dentera, eh?

Ahora, lo que hace falta, es que Barbieri no se olvide de nosotros, y escriba esas melodías puramente españolas que escribe solo él, para hacernos olvidar esas musiquillas de feria, infernales sonsonetes, á que nos tienen condenados *maestros* como Ru-

bio y San José (que Dios perdone).

Y si la música de Barbieri es con letra de Ricardo de la Vega... miel sobre hojuelas.

Perez Galdós es el primer novelista que hoy tenemos, eso ya lo sabíamos hace tiempo, más hoy hay que agregar á sus méritos de novelista los de autor dramático, conquistados en el teatro de la Comedia con su drama «Realidad».

No les cuento el argumento porque creo que mi vecino el revistero de teatros lo hará.

Conste que el drama gustó y... nada más.

Los claveles verdes están ahora de moda, y si vieran ustedes cuántos adoradores tiene el verde puesto en el pecho de una mujer hermosa.....

Criado y Cocát han estrenado un *juguetito* en la Princesa, ¿ustedes han leído los elogios de la prensa diaria?... pues bien, el tal *juguetito* es la *barbaridad* más grande que he visto en mi vida; es decir, no; «Arlequina» y «La Barrica de oro», de los mismos autores, son tan malos; porque peor es imposible.

¡Pero esos críticos, Dios mío, no saben *pegar* más que á Sinesio Delgado!

¡Envidiosos!

ALBERTO DE OJEDA.



DESDE MADRID

ESPAÑOL.—Merece figurar entre los estrenos, la función de gala organizada por Ricardo Calvo y Donato Gimenez para honrar la memoria del insigne autor de *La calle de la Montera*.

Don Tomás, comedia en tres actos, y *El loco de la guardilla*, pasillo cómico, en uno, fueron las obras elegidas —entre las muchas que escribió Serra— y puestas en escena ante un numeroso y distinguido público. Tanto la primera, como la segunda, deleitaron al auditorio, el cual no perdió un solo chiste, ni dejó de apreciar los hermosos versos con que han sido adornadas las citadas obras. Cuando al final de *Don Tomás*, recitó Calvo la magnífica *palinodia* con que termina la graciosísima comedia, el público aplaudió estrepitosamente. Otro tanto sucedió al final de *El loco de la guardilla*.

La interpretación, esmeradísima; la señora Revilla, la señorita Calderón, Calvo, Donato Gimenez, Díaz, todos, en fin, contribuyeron á dar esplendor á la fiesta.

Cumpliendo un deber de justicia, mandamos desde aquí nuestro modesto aplauso, á los distinguidos actores que organizaron la función en honor de Narciso Serra.

COMEDIA.—*Realidad*, drama en cinco actos y en prosa, original de D. Benito Perez Galdós, estrenado con extraordinario éxito la noche del 15.

Este estreno ha sido, sin disputa el *ACONTECIMIENTO* teatral de la presente temporada; no digo literario por estar sacado el drama —según anuncié á mis lectores— de las novelas *Realidad* é *Incógnita*, las cuales han sido juzgadas á su debido tiempo.

No he de hacer consideraciones acerca del argumento de *Realidad* por ser ya conocido de nuestros lectores; el mismo de la novela, salva alguna variación y supresión de escenas que no encajaban en el marco teatral. El drama, queda reducido al aduiterio.

La representación de los actos primero y segundo, se desarrolla con bastante languidez, quizás por ser la exposición solamente de lo que se desenvuelve al final. Sin embargo, el público los escuchó con muchísima atención, cautivado por la belleza del diálogo. En el tercero, el triunfo del insigne novelista, fué unánime y sincero. Al caer el telón, el distinguido auditorio llamó al autor de *Realidad*, en medio de atronadores aplausos. Arrastrado, más bien que por sus propios piés, salió á escena el Sr. Galdós. La ovación subió de punto. Las señoras, agitaban los pañuelos; los caballeros aplaudían de verdad, y los *bravos* se sucedían sin interrupción. Otro tanto sucedió, y más si cabe, al terminarse los actos cuarto y quinto.

¿Quiere decir ésto que la obra sea perfecta? No. Como todo lo grande, como lo bello,—tiene sus defectos. Pero hay que tener presente que el triunfo no solo era para el autor de *Realidad*, sí que también para el de *Gloria*, *Marianela* y otra infinidad de novelas que tanto han deleitado al público.

Los artistas que tomaron parte en el citado drama, muy trabajadores y muy bien. Solo Mario y Cepillo, discreparon un tanto en sus papeles.

ALHAMBRA.—La compañía que funcionaba en el teatro *Martín*, ha trasladado sus reales al de la *Alhambra* y estrenado un juguete cómico-lírico titulado *Toros y Cañas* que no ha sido del agrado del público.

Sentimos este fracaso por los Sres. Callixto Navarro y Nieto, autores del citado juguete,

ESLAVA.—Con éxito lisonjero se ha estrenado el sainete lírico *Corte y cortijo*, original de Villegas (la letra) y de Valverde, hijo (la música.)

TARTARIN

CORRESPONDENCIA

J. S.—El articulito está bien, pero es pobre de asunto *Palitos y Palotes*.—A. V. me refiero. Lo último enviado no sirve.

Quiviscundem.—Muérase V. de pena, porque no los inserto.

Fray Garin. Madrid.—Irà el diálogo. El ofrecimiento que me hace se agradece, y puede V. ensayarlo. Respecto á lo otro no es cuestión mía sino del propietario y por ahora no creo que acepte. También le hablaré de lo que me dice en la postdata.

R. A. O.—No sirve lo que me envía, con harto sentimiento mío. De lo otro que me habla creo que se ha estraviado una composición.

Cucufate.—Irà.

Viva mi dueño. Madrid.—Los versos no están mal y los insertaría si no fuese por tres ó cuatro ripios muy pronunciados que tiene. No se desanime y siga enviando algo.

S. A.—Leeré despacito su artículo y si puede ir, irà.

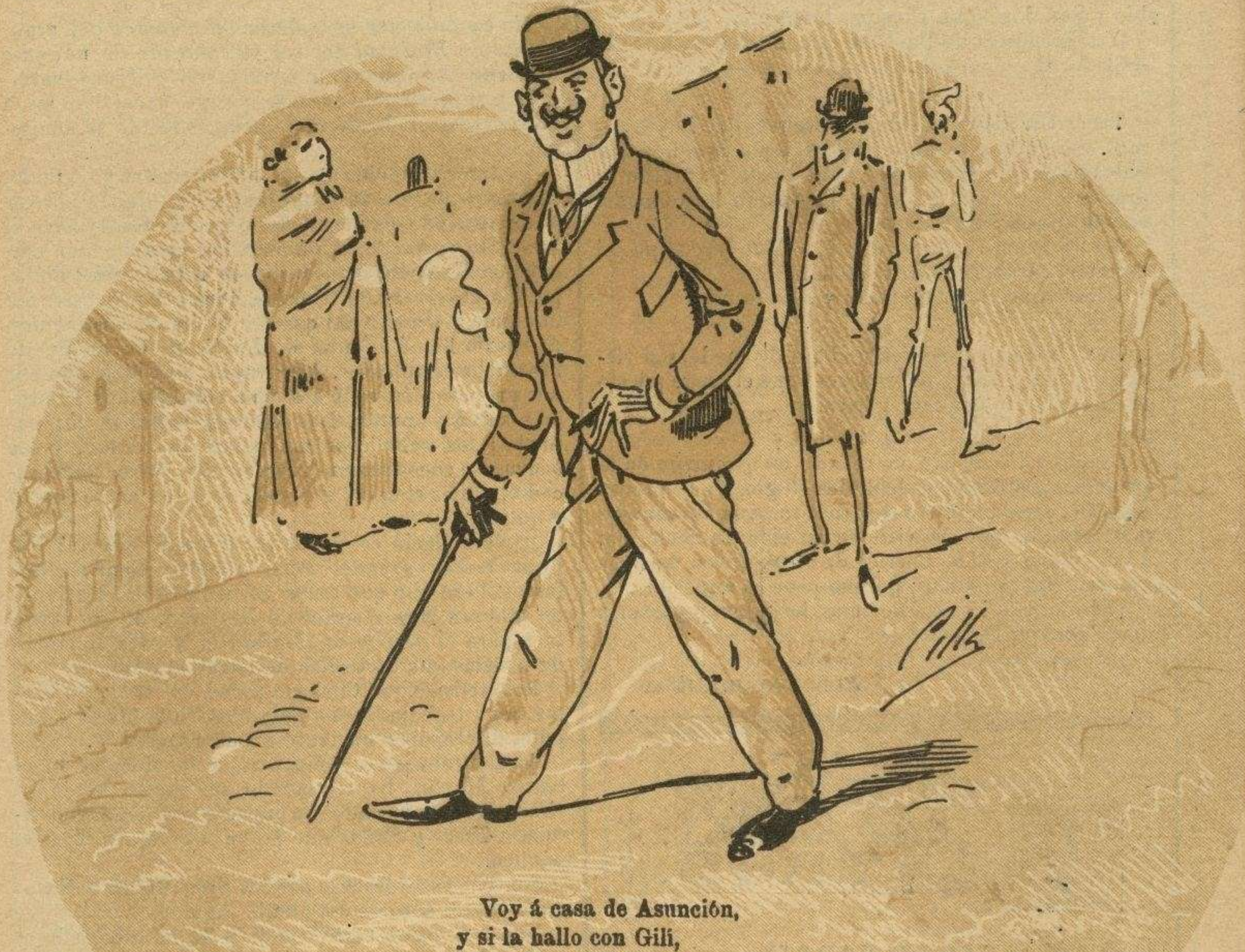
N. G. V.—Lo que V. me envía me gusta más que lo que hasta ahora me ha remitido, porque está hecho con facilidad. Lo insertaré.

A. A. *Madrid*.—Los dibujos son todavía deficientes, según me dice el director artístico. Aplíquese y llegará.

M. G. Ll. *Requena*.—Es usted hombre de desgracia. Se ha extraviado en la imprenta un paquete de original en el cual estaban sus seguidillas. Remítame las de nuevo poniendo la segunda seguidilla de las que ahora envía de final. Aprovecho esta ocasión para decir á cuantos no vean insertado el original remitido se sirvan renovarlo, pues se habrá estraviado.

A. S. *Valencia*.—Se acepta. No inserto la tercera por la misma razón que V. dá.

INDECISION



Voy á casa de Asunción,
y si la hallo con Gili,
le pego con el bastón...
Pero ¿y si él me pega á mi?

ANUNCIOS

BIBLIOTECA PARA TODOS

Ocho tomos ilustrados y con cubiertas al cromo, que forman una interesante novela.—Precio de cada tomo 15 céntimos en toda España.

BIBLIOTECA DE BOLSILLO

Colección de novelitas, cuentos y anécdotas, compuesta de cinco tomos ilustrados con bonitos grabados.— Precio de cada tomo 15 céntimos en toda España.

LA SAETA

PERIÓDICO SEMANAL
FESTIVO, LITERARIO É ILUSTRADO

—PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN—

España: Semestre, 5 ptas. — Año, 8 ptas.
Extranjero y Ultramar: Año, 15 ptas.

No se admiten suscripciones por menos de medio año en España, ni por menos de uno en el extranjero. Pago adelantado en letras de fácil cobro ó sellos de franqueo. — Las suscripciones empezarán el 1.º de cada mes.

CUIDADITO CON ESTO

Elegantes tomitos con grabados y cubierta al cromo, que contienen poesías, novelas y cuentos de varios autores. Se compone la colección de 10 tomos al precio de 15 cénts. en toda España.

TRES MILLONES DE CHISTES

Gran colección de chistes, epigramas, chascarrillos, anécdotas y poesías festivas, ilustrados con profusión y lujo y con bonitas cubiertas al cromo. Van publicados 49 tomitos á 15 céntimos uno y en prensa la continuación

Para los pedidos y correspondencia dirigirse á D. PEDRO MOTILBA, Rambla del Centro, Kiosco n.º 5—BARCELONA

CORRESPONSAL EXCLUSIVO EN MADRID para la venta de LA SAETA, D. Julián Rodríguez—Archa S.º Bernardo, 27, bajo